

EL LIBRO DE LOS MUERTOS

Douglas Preston y Lincoln Child

1

El primer sol de la mañana doraba los adoquines de la entrada para el personal del Museo de Historia Natural de Nueva York, iluminando una garita acristalada justo al lado del arco de granito por donde se accedía al edificio. Dentro de la garita había alguien encorvado en una silla, un hombre mayor, conocido por todo el personal del museo, que fumaba con placer una pipa de calabaza; disfrutaba de uno de esos días de falsa primavera que tiene febrero en Nueva York, de esos que incitan a los narcisos y a las amapolas a florecer antes de tiempo solo para matarlos de frío cuando avanza el mes. —Buenos días, doctor —repetía Curly a todos los que pasaban, ya fueran simples repartidores de correo o decanos de ciencias.

Los conservadores duraban lo que duraban. Tras continuados ascensos, y un glorioso reinado, los propios directores podían caer en la desgracia y la ignominia. Podrá el hombre cultivar la tierra y reposar después bajo ella, pero de Curly se habría dicho que nadie jamás podría relevarlo de su puesto en la garita. Era tan representativo del museo como el ultrasaurio que recibía a los visitantes en la Gran Rotonda.

—¡Toma, tío!

Curly se giró, ceñudo por la familiaridad del tono, y tuvo tiempo de ver que un mensajero introducía un paquete por la ventanilla con el impulso necesario para que aterrizara en la repisa donde dejaba el tabaco y los guantes.

—¡Perdone! —dijo, levantándose y gesticulando por la ventanilla—. ¡Oiga!

Pero el mensajero, su mountain bike de gruesas ruedas y su mochila negra llena de paquetes ya estaban lejos.

—¡Habrase visto! —murmuró Curly contemplando el paquete.

Era un bulto de unos treinta centímetros por veinte, envuelto en un papel marrón y sucio, con demasiadas vueltas de cordel trasnochado. Viendo el lamentable estado en que estaba, Curly se preguntó si al mensajero acababa de atropellarlo un camión. La dirección parecía escrita por un niño: «Para el conservador de rocas y minerales del Museo de Historia Natural».

Miró el paquete, pensativo, a la vez que deshacía el tabaco incrustado en el fondo de la cazoleta. El museo recibía cientos de envíos semanales con «donativos» infantiles para la colección: desde bichos aplastados y piedras sin valor hasta puntas de flecha y momias de animales atropellados en la carretera. Suspiró mientras abandonaba a disgusto la comodidad de su garita y se colocó el paquete bajo el brazo. Dejó la pipa, abrió su pastillero y parpadeó dos veces al salir al sol. Luego se encaminó a la sala de mensajería, que quedaba a escasos doscientos metros de la entrada.

—¿Qué lleva, señor Tuttle? —preguntó alguien.

Curly se giró hacia la voz. Era Digby Greenlaw, el nuevo subdirector administrativo, que salía del túnel del aparcamiento de empleados.

Esperó un poco antes de contestar. Greenlaw no le gustaba, y tampoco la condescendencia con la que decía «señor Tuttle». Hacía pocas semanas, el subdirector había criticado la manera que tenía Curly de comprobar las identificaciones; se quejaba de que «ni siquiera se fija». ¡Como si hubiera que fijarse mucho! ¡Si se sabía de memoria las caras de toda la plantilla!

—Un paquete —gruñó a guisa de respuesta.

El tono de Greenlaw se tiñó de impertinencia.

—Los paquetes tienen que entregarse directamente en la sala de mensajería. Usted no tiene permiso para salir de la garita.

Curly siguió caminando. A su edad había descubierto que la mejor manera de reaccionar a las ofensas era hacerse el sordo.

Oyó caminar más deprisa al administrador, que —suponiéndolo duro de oído— habló más alto.

—¡Señor Tuttle! Le he dicho que no puede abandonar su puesto.

Curly se paró y se giró.

—Gracias por ofrecerse, doctor.

Tendió el paquete a Greenlaw, que pareció sorprendido.

—Yo no he dicho que vaya a llevarlo.

Curly permanecía inmóvil, levantando el paquete.

—¡Será posible! —Greenlaw se dispuso a cogerlo con cara de enfado, pero su mano se quedó suspendida en el aire—. Tiene un aspecto un poco raro. ¿Qué es?

—Ni idea, doctor. Lo ha traído un mensajero.

—Parece que lo hayan tratado de cualquier manera.

Curly se encogió de hombros. Greenlaw seguía sin coger el paquete. Se acercó un poco y lo miró con atención.

—Está roto. Tiene un agujero. Mire, sale algo...

Curly miró hacia abajo. El paquete tenía una esquina rota, en efecto, con un agujero del que salía un hilo de polvo marrón.

—Pero ¿qué es esto? —dijo Curly.

Greenlaw dio un paso hacia atrás.

—Sale una especie de polvo. —Su voz se volvió más aguda—. ¡Madre mía! ¿Qué es esto?

Curly se quedó de piedra.

—¡Suéltelo, Curly, por el amor de Dios, es ántrax!

Greenlaw retrocedió con una mueca de pánico.

—¡Un ataque terrorista! ¡Que llamen a la policía! ¡Estoy contaminado! ¡Dios mío, estoy contaminado!

El administrador tropezó y cayó de espaldas sobre los adoquines, pero se levantó enseguida y salió corriendo. Inmediatamente llegaron dos guardias del puesto de vigilancia de delante; mientras uno cerraba el paso a Greenlaw el otro corrió hacia

Curly.

—¿Qué hacen? —gritó Greenlaw—. ¡No se acerquen! ¡Llamen al 911!

Curly no se movió ni soltó el paquete. La situación estaba tan fuera de la normalidad, de su normalidad, que era como si se le hubiera parado el cerebro.

Los guardias se apartaron, seguidos de cerca por Greenlaw. Tras un momento de silencio tenso, se disparó una alarma que reverberó estridentemente, y en menos de cinco minutos se aproximó un coro de sirenas, preludio de una explosión de actividad: coches de la policía, luces, ruido de radios e ir y venir de hombres uniformados que lo acordonaron todo con cinta amarilla que indicaba peligro biológico, mientras los gritos por megáfono de que nadie se acercara —cada vez había más gente— alternaban con órdenes a Curly: «¡Tire el paquete y apártese! ¡Tire el paquete y apártese!».

Lejos de hacer lo uno o lo otro, Curly siguió paralizado por la confusión, mirando fijamente el hilo marrón que seguía saliendo por el agujero y que había empezado a formar un montoncito a sus pies.

Los siguientes en aparecer fueron dos extraños personajes con unos trajes blancos muy aparatosos y unos cascos con visera de plástico. Caminaban despacio con los brazos extendidos, como en una antigua película de ciencia ficción que había visto Curly. Mientras uno lo cogía suavemente por los hombros, el otro le quitó el paquete de las manos y lo depositó —con enorme cautela— en el interior de una caja de plástico azul. El primero se llevó a Curly a un lado y empezó a pasarle un aparato extraño por todo el cuerpo. Después le pusieron un traje de plástico como el que llevaban ellos, mientras le repetían en voz grave y electrónica que no había nada que temer, que se lo llevaban al hospital para hacerle algunas pruebas pero que no pasaba nada. Mientras le ponían el casco, Curly empezó a sentir que recuperaba la actividad de su cerebro y el movimiento de su cuerpo.

—Oiga, doctor... —dijo a uno de los dos hombres, mientras se dejaba llevar hacia una camioneta que había cruzado el cordón policial y que lo esperaba con las puertas abiertas.

—¿Qué?

—Mi pipa. —Señaló la garita con la cabeza—. No se olviden de la pipa.

2

LLa doctora Lauren Wildenstein vio cómo el equipo de urgencias le llevaba el recipiente de plástico azul para sustancias peligrosas y lo dejaban debajo de la campana de gases del laboratorio. Veinte minutos después de la llamada, ella y Richie, su ayudante, ya estaban preparados. Al principio parecía que para variar podía tratarse de algo serio, ajustado al perfil clásico de ataque bioterrorista —una institución neoyorquina de primera fila recibía un paquete del que salía un polvo marrón—, pero los controles de ántrax realizados in situ ya habían dado negativo y Wildenstein intuía que sería una nueva falsa alarma. En los dos años que llevaba al frente del laboratorio

de bioterrorismo de Nueva York les habían llevado cuatrocientos polvos sospechosos para que los analizaran, y por suerte ninguno había resultado ser un agente de bioterrorismo. De momento. Miró la cuenta que llevaban, clavada en la pared: azúcar, sal, harina, levadura, heroína, cocaína, pimienta y polvo, en ese orden de frecuencia. La lista hablaba de muchas paranoias, y de muchos, demasiados, avisos terroristas.

Después de que se fuera la brigada, contempló un momento el recipiente cerrado. Parecía mentira que en los últimos tiempos un simple paquete de polvo pudiera provocar tanto revuelo. Media hora después de su llegada al museo ya había un vigilante y un administrador en cuarentena; les dieron antibióticos y ahora los trataban los servicios de salud mental. Al parecer, el administrador se había puesto particularmente histérico.

Sacudió la cabeza.

—¿Qué?, ¿cómo lo ves? —dijo una voz a su espalda—. ¿Cuál es el cóctel terrorista del día?

No le hizo caso. Laboralmente Richie era un primer espada, pero su desarrollo emocional se había detenido entre el tercer y cuarto curso.

—Vamos a pasarlo por los rayos X.

—Marchando.

La radiografía en falso color que apareció en el monitor mostró que el paquete contenía una sustancia amorfa; no había cartas u otros objetos.

—No hay detonador —dijo Richie—. Anda que...

—Voy a abrir el recipiente.

Wildenstein quitó el cierre y extrajo el paquete con cuidado. Reparó en que la caligrafía era tosca e infantil y en la falta de remite, así como en las múltiples vueltas de cordel mal atado. Casi parecía hecho adrede para despertar sospechas. De una esquina del paquete, rota de tanto trajinarlo, salía una sustancia de color marrón claro que parecía arena, sin ninguna similitud con los agentes de bioterrorismo que conocía Wildenstein por sus estudios. Cortó el cordel con la poca destreza que le permitían los gruesos guantes y abrió el paquete. Dentro había un saquito de plástico.

—¡Nos han dado por el saco! —dijo Richie, resoplando.

—Mientras no se demuestre lo contrario, lo trataremos como si fuera peligroso —dijo ella, aunque en su fuero interno compartía su opinión. Siempre era mejor pecar de exceso de cautela.

—¿Peso?

—Un kilo doscientos. Hago constar que todas las alarmas de sustancias peligrosas de la campana están a cero.

Usó una paleta para recoger unas decenas de granos y repartirlos en seis tubos de ensayo. Los sacó de la campana, tapados y en una gradilla, y se los dio a Richie, que no necesitó ninguna indicación para aplicar los reactivos químicos habituales y proceder a los correspondientes tests.

—¡Qué pedazo de muestra! ¡Así da gusto! —dijo, socarrón—. De ese modo, aunque lo quememos, lo cozamos y lo disolvamos, aún nos quedará bastante para hacer un castillo de arena.

Wildenstein esperó hasta el final del examen, llevado con mano maestra.

—Todo negativo —fue la conclusión—. ¿Qué narices debe ser esto?

Wildenstein cogió otro juego de muestras.

—Haz una prueba de calor en atmósfera oxidante y pasa el gas por el analizador.

—Ahora mismo.

Richie cogió otra probeta, la tapó con una pipeta conectada al analizador de gases y calentó despacio el tubo con un mechero Bunsen. Para sorpresa de Wildenstein, la muestra prendió enseguida y brilló un momento antes de desaparecer sin cenizas ni residuos.

—¡Más madera! ¡Esto es la guerra!

—¿Qué ha dado, Richie?

Richie leyó el resultado.

—Dióxido y monóxido de carbono prácticamente puros, con trazas de vapor de agua.

—Pues entonces la muestra tenía que ser carbono puro.

—¡Venga ya, jefa! ¿Desde cuándo hay carbono en forma de arena marrón?

Wildenstein inspeccionó la arenilla del fondo de uno de los tubos de ensayo.

—Voy a mirarlo con el estereozoom.

Depositó una docena de granos en una lámina, la puso en el portaobjetos del microscopio y encendió la luz para mirar por los oculares.

—¿Qué ves? —preguntó Richie.

Ella no contestó. Estaba hipnotizada. Bajo el microscopio no eran granos marrones, sino fragmentos minúsculos de una sustancia cristalina de infinitos colores: azul, rojo, amarillo, verde, marrón, negro, violeta, rosa... Con la vista pegada al microscopio, cogió una cuchara metálica y empujó un poco uno de los granos. Lo oyó rechinar ligeramente en el cristal.

—¿Qué haces? —preguntó Richie.

Wildenstein se levantó.

—¿No tenemos refractómetro?

—Sí, uno barato que parece de la Edad Media.

Richie buscó en un armario y sacó un aparato cubierto de polvo con una funda amarillenta. Lo montó y lo enchufó.

—¿Sabes usar este trasto?

—Creo que sí.

Wildenstein separó un grano con el estereozoom, lo colocó sobre una lámina y le echó una gota de aceite mineral. A continuación introdujo la lámina en la cámara del refractómetro y giró varias veces el botón hasta obtener un resultado.

Levantó la cabeza, sonriendo.

—Lo que sospechaba. El índice de refracción es de dos coma cuatro.

—Ah... ¿Y qué?

—Pues que ya lo tenemos.

—¿El qué, jefa?

Miró a su ayudante.

—¿Qué está hecho de carbono puro, tiene un índice de refracción superior a dos y es tan

duro que corta el cristal?

—¿Un diamante?

—Muy bien.

—¿Quieres decir que esto es una bolsa de polvo de diamante?

—Parece que sí.

Richie se levantó la capucha protectora para secarse la frente.

—Es la primera vez que lo veo. —Se giró y cogió el teléfono—. Creo que voy a llamar al hospital para decirles que desactiven la alerta biológica. Me han dicho que el administrador del museo se ha cagado encima.

Este libro es una obra de ficción. Todos los personajes, empresas, hechos, comisarías, publicaciones, museos, incidentes, piezas arqueológicas, procedimientos químicos y organismos gubernamentales descritos en sus páginas son ficticios o se usan de modo ficticio. Cualquier similitud con sucesos, lugares o personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Título original: The Book of the Dead

Primera edición: abril, 2007

© 2006, Splendide Mendax Inc. y Lincoln Child

Publicado por acuerdo con Warner Books, Inc., Nueva York, U. S. A. Todos los derechos reservados.

© 2007, Random House Mondadori, S.A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2007, Jofre Homedes Beutnagel, por la traducción